



**Hugo Rodríguez-Alcalá**

△

## **Dos libros de Sergio Pitol<sup>288</sup>**

Un año después de ver la luz los relatos de *Los climas*, Sergio Pitol, en julio de 1967 publica su autobiografía en la colección de «Nuevos escritores mexicanos presentados por sí mismos», a invitación de Las Empresas Editoriales, de México. Hablemos, primero, de este último volumen, ya que se trata de una consagración del autor de *Los climas*.

El libro lleva un breve pero enjundioso prólogo de Emmanuel Carballo, crítico que después de su brillante y originalísimo ensayo *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, una de las obras americanas mejores en su género, figura hoy entre los más sagaces y lúcidos del continente. Carballo comienza el prólogo con datos biográficos del escritor: Sergio Pitol nace en 1933, se da a conocer en la revista *Estaciones* de Elías Nandino entre 1956 y 1960. Ya antes de esta última fecha, Juan José Arreola lo distingue publicando en 1958, en los *Cuadernos del Unicornio*, el relato «Victorio Ferri cuenta un cuento». Enseguida reseña toda la labor narrativa de Pitol partiendo de este relato primerizo hasta el más reciente de sus tomos de ficción; esto es, *Los climas*, haciendo hincapié en los siete cuentos de *Tiempo cercado* (1959) y en los ocho de *Infierno de todos* (1965). Subraya Carballo el afán de superación que acucia al joven escritor, afán que más claramente se manifiesta en un repetido volver sobre lo ya hecho para corregir cuanto una exigente autocrítica halla defectuoso, por una parte, y por otra, en un considerarse a sí propio como un principiante cuyos logros de hoy son sólo un esfuerzo hacia una meta distante que espera ser cabalmente satisfactoria: «Para

él» -afirma Carballo- «son más importantes los trabajos que está escribiendo o aún no termina de planear, que los cuentos que ya ha —193→ dado a conocer» (Pág. 11). Y anota que de los ocho relatos del citado *Infierno de todos*, cuatro son refundiciones muy trabajadas, testimonio este elocuente de una insatisfacción empeñosa y alerta. «Muchas soluciones tanto artísticas como vitales» -dice Pitol de sí mismo y de los miembros de su promoción- «ya no nos convencen. Creemos firmemente en el rigor literario y abominamos la creación artística de las soluciones fáciles» (Pág. 6).

En su autopresentación, Pitol se atiene al relato de experiencias vitales íntimamente relacionadas con el descubrimiento de su vocación artística y el desarrollo de su oficio de escritor. Nacido cerca de Huatusco, Estado de Veracruz, Córdoba es la ciudad en que vive los años decisivos. Allí, mientras cursa sus estudios secundarios, tiene acceso a la biblioteca de Jorge Cuesta. Allí lee por primera vez a Alfonso Reyes, a Cocteau, O'Neill, Pirandello, Cervantes, Tolstoi, Neruda. Hacia 1950 se traslada a la ciudad de México para estudiar jurisprudencia. Los cursos de derecho no le entusiasman, salvo los de Manuel Pedroso. La teoría general del estado y la filosofía del derecho le apasionan porque Pedroso es un maestro original e inspirado, cuya enseñanza trasciende<sup>289</sup> el contenido de los programas. Bajo su tutela intelectual, Pitol se esfuerza entonces en ponerse al día en lo que mira a los autores cuya fama domina el panorama mundial de las letras: Proust, Joyce, Gide, Mann, Kafka, Sartre. Y Borges.

En 1959 da a luz su primer libro de cuentos, *Tiempo cercado*, que no tiene éxito. Tres años después inicia sus viajes por Europa y Asia. Incansablemente, en hoteles de Berlín, de Viena, Praga, Budapest, Varsovia y aun en el Yoi Ping-yuan de Pekín, reescribe viejos cuentos y compone algunos nuevos. En esta última ciudad sufre una penosa desilusión con respecto al régimen allí imperante. La narra, en forma parecida a un cuento, entre las páginas 51-56. Había esperado él hallar un ambiente intelectual propicio y se encuentra aislado y casi prisionero en un edificio inmenso, lleno de gente desconfiada, sectaria y fanática: es el Yoi Ping-yuan, cuyo nombre en chino, irónicamente, significa «Casa de la Amistad». Pero la experiencia de Pekín le va a ser útil, acaso más que la de ciudades europeas. En Pekín rectifica su visión de la sociedad, su teoría del estado, y halla tema para uno de los cuentos cosmopolitas que integran *Los climas*: «Los nombres no olvidados».

Aunque para Emmanuel Carballo el libro recién citado cierra —194→ el ciclo de aprendizaje de Sergio Pitol, nuestro autor no lo cree así en su autopresentación. Ni con *Los climas*, ni con un volumen que está ahora preparando se ha cerrado ni se cerrará ese ciclo, nos dice. «Pero» -agrega- «posiblemente sí [con] los que vendrán dentro de algunos años...» (pág. 28).

Tocante a lo que otros piensan de su obra, nos dice en síntesis: «Algunas personas me han señalado que mis cuentos son demasiado secos, librescos, textos derivados de otros libros. Reconozco como todo el que escribe las influencias estilísticas y aun las de concepción de mundos literarios. Indudablemente que la lectura de Faulkner me soltó la mano en mis primeras narraciones, que la de Carpentier me descubrió la posibilidad de lograr ciertos ritmos en la prosa y la de Beckett me ayudó a ordenar ciertas vivencias; pero no imaginé tramas que pudieran mecánicamente acoplarse a los modelos propuestos por Beckett, Faulkner, Carpentier ni ningún otro escritor» (Págs. 57-58).

La influencia más fácilmente perceptible en Pitol, es, a nuestro juicio, la de Carpentier. Estilísticamente, en efecto, Carpentier es el maestro del autor de *Los climas*: el mismo *tempo* lento, el lenguaje intelectualizado, la nominación precisa. Entusiasmado por *El acoso*, el mismo Pitol nos cuenta que pensó iniciar sus colaboraciones en *Estaciones* con un artículo sobre esa famosa novela cubana. Y, en *El infierno de todos*, hay un relato sin duda suscitado por la obra de Carpentier. Se titula «Tiempo cercado» (relato que había dado a su vez título al primer volumen de Pitol); pues bien: este relato consiste en un «acoso» de que se ven víctimas dos emigrados cubanos en México, en tiempos de la dictadura de Machado.

En *Los climas* se advierte también -bien asimilada- la influencia estilística de Alejo Carpentier. Lo constituyen siete cuentos así titulados por tener por escenarios ciudades de tres continentes. El primero de ellos, «La noche», acaso sea el más logrado, el de trama más cabalmente inventada: un abogado mexicano celebra con su esposa y un grupo de allegados los trece años transcurridos desde sus bodas. De súbito descubre, entre la concurrencia que llena el restaurante de lujo en que está, a una amante de su juventud. Comprende, en ese instante, que sus trece años de matrimonio han sido una falsificación de su vida; que esa mujer, a quien ha perdido hace mucho tiempo, es el único ser junto al cual el suyo hubiera realizado una existencia plena y auténtica. Con disimulada —195→ emoción llega hasta la antigua amante, la invita a bailar y acuerda una cita con ella. Tras varias entrevistas, deciden ambos pasar juntos una noche en Cuernavaca. Esa noche es un absoluto fracaso. A la madrugada, el protagonista abandona a su amante en el hotel de Cuernavaca y regresa a México. Huye porque esa mujer le parece «una estatua fría y a la vez repelentemente lúbrica» que le inspira una irrefragable repulsión.

Pitol narra su historia con maestría. Su héroe es un símbolo bien logrado del hombre de nuestro tiempo, insatisfecho, angustiado y desilusionado. En efecto, su protagonista es uno de los tantos personajes en que encarna «una curiosa forma de enajenación» -apunta Emmanuel Carballo-; «aquella» -agrega- «que supedita el hoy y aquí al ayer y allá o al quién-sabe-dónde pero mañana». Dicho de otro modo, los héroes de Pitol ven el presente siempre como un fracaso. Obsediados por el pasado o por el ideal de un futuro feliz que nunca llega, el presente jamás significa la recuperación de un paraíso añorado ni el logro de un sueño largamente soñado. El presente no llega a ser por eso, jamás, un futuro que ahora llega a realizarse.

El segundo relato, «Hora de Nápoles», no es en rigor un relato sino la presentación de una escena de despedida en Nápoles: el adiós de los que parten en un barco y el de los que quedan en el puerto. Nada más. «Hacia Varsovia», por otra parte, la narración favorita del autor según confesión propia, nos parece inferior a «La noche», no por su oscuridad, que es sin duda deliberada, sino por una suerte de aparatosidad, digamos, no justificada por una trama y un desenlace interesantes.

Mayor interés hay en el cuarto relato, «Los nombres olvidados», historia de un prisionero norteamericano radicado en Pekín, el cual, al firmarse la paz en Corea, se negó a ser repatriado.

Del lenguaje de Pitol ha dicho José Emilio Pacheco que es poco apto para la narración. Este aserto no nos parece exacto. El lenguaje de Pitol es espléndido, y no hay que ver en él la razón de ninguna falla en la ficción de nuestro autor. Acaso acontezca lo

contrario de lo que asevera Pacheco, a saber: en la obra que Pitol ha realizado hasta la fecha, y que él mismo considera ser aprendizaje, esto es, ejercicio que le ha de llevara la plenitud literaria, al escritor más le preocupa el estilo que la invención. De aquí que nos ofrezca un lenguaje muy hábilmente trabajado de una parte, y unas tramas desvaídas, en varios casos, por otra; lo —196→ cual hace pensar en falta de adecuación de lo uno para lo otro.

El autor de «La noche», no obstante, prueba con este relato ser no sólo un estilista de insólitos méritos sino un narrador resuelto a conquistar, esforzadamente, los triunfos más arduos de su arte.

1969

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)